DE LAS NAVILLAS AL PUERTO MARCHÉS





En el corazón de los **Montes de Toledo**, a 50 kilómetros de la capital castellanomanchega, se encuentra San Pablo de los Montes. Se levanta el caserío en las laderas cuajadas de encinas, madroños, jaras, sabinas, quejigos y robles, y de una abundante cantidad de plantas aromáticas como el tomillo, la lavanda o el romero.

En los alrededores se abre una gran variedad de senderos que nos permiten conocer con detalle estas sierras y valles donde no será difícil avistar ciervos, corzos y jabalíes o el vuelo de rapaces y buitres leonados.

Desde la cercana pedanía de Las Navillas -a 5 kilómetros de San Pablo, aunque perteneciente al municipio de Menasalbas- parten varias rutas senderistas aptas para todos los públicos, algunas de las cuales también se pueden realizar en bici de montaña. La más popular y asequible -de unos 10 kilómetros de longitud ida y vuelta- es la que, desde la gran explanada que nos encontramos en la entrada de la población, sube al Puerto Marchés.

Estamos en la Cañada Real Segoviana. El camino discurre por una amplia pista que, poco a poco y en dirección sur, se va adentrando en un frondoso robledal. Después de 2,5 kilómetros, a la derecha, se abre un prado que resulta perfecto para hacer una parada. En los alrededores se encuentra, labrada en una gran roca de granito, la llama Tumba del Peregrino.

En menos de 500 metros alcanzaremos la fuente de la Canaleja, muy apreciada por sus propiedades diuréticas. A partir de aquí se endurece la pendiente. Tras 5 kilómetros de marcha llegamos a Puerto Marchés. Las vistas son espectaculares: al norte el valle del Tajo, al sur las espectaculares rañas y sierras del Parque Nacional de Cabañeros.



Las Navillas En este punto la ruta se puede alargar tomando el camino que hacia el este nos conduce al puerto del Robledillo, el que parte hacia el sur camino de Retuerta del Bullaque o la senda que en fuerte ascensión nos conduciría al Risco de San Vicente. Nuestra propuesta es realizar la vuelta por el mismo camino o por una estrecha senda muy marcada que sale a nuestra izquierda -según bajamos-, aunque habrá que estar atentos para nos saltárnosla: esta nos adentra en un paisaje de cuento que transcurre entre el robledal y un suelo tapizado de hojas y musgo con el murmullo del arroyo como compañero de viaje. La senda nos conducirá, sin posibilidad de pérdida, al punto de partida.



